

blicas de gratitud y amor, y manifestando pena de haber provocado aquella guerra. Convidó á su mesa al victorioso general, y desde entonces viéronse de nuevo reanudados y aún más estrechos que antes los lazos amistosos entre el Papa y el Rey Prudente. Al punto salieron de las prisiones el Arzobispo Colonna, el abad Bricenio, Juan Antonio de Tasis, monseñor Hipólito Capiluco, Garcilaso de la Vega, Pirro de Lofredo y cuantos por amor á España habían sufrido daños y persecución en la guerra.

El Pontífice no cesaba de mostrar al Duque deferencias y agradecimiento «por el cuidado piadoso y reverente que tuvo de no dañar la Santa Ciudad, pidiéndole además no cargase al ejército de los franceses que habían venido á su servicio y tornaban llamados á su patria.» Cabrera escribe que «Paulo IV trató de allí adelante las cosas del Rey católico con paternal afición, arrepentido de aver causado las calamidades pasadas, á punto de ser mayores, si el ánimo de D. Felipe no inclinara más á escudarse contra violencias, que á venganzas»¹.

Por lo dicho hasta aquí con referencia á los historiadores citados del siglo XVI, queda bien declarado que no hubo entonces entrada hostil ni saqueo de Roma, ni mucho menos órdenes del Rey católico para ello.

¹ «Con grande aplauso y acompañamiento de la Corte, general placer, salva del castillo y luminaria de la ciudad fué recibido el Duque, y de Paulo con mucha onra y amor, loando sus hechos, prudencia y persona, afirmando le pesaba de averle tenido por enemigo.» Luis Cabrera de Córdoba, libro 4.º, cap. XII, pág. 170: Madrid, 1619.



CAPITULO X.

I.

EL PRÍNCIPE D. CARLOS.

No era propósito mío tratar del Príncipe D. Carlos en el presente escrito; mas por cuanto los enemigos fieros del Rey D. Felipe acumulan incesantemente y sin razón calumnias, llamándole aún hoy mismo asesino de su propio hijo, no estará demás repetir también una y otra vez que el Rey católico no intentó jamás acabar la vida de Don Carlos. Nació este Príncipe en Valladolid á 8 de Julio de 1545. Dióle á luz su madre Doña María, Infanta de Portugal, en parto laborioso y de muchos dolores¹. El Cardenal Tavera, Arzobispo de Toledo, designado para bautizarle, murió poco antes de este suceso; y en su lugar hizolo solemnemente Siliceo, maestro de D. Felipe, y en aquella fecha Obispo de Cartagena. Desde sus primeros años el Príncipe D. Carlos mostró, al parecer, indicios de ferocidad y malas inclinaciones. Si merece crédito la *Relación* de Tiépolo al Senado de Venecia, no hay duda sinó que el regio infante, no solamente mordía, sinó que magullaba los pechos de las nodrizas, y en tal manera, que

¹ En carta de D. Felipe al Emperador su padre, fecha en Valladolid á 9 de Julio de 1545, se lee lo que sigue: «La Princesa continuó su preñado con salud, hasta que ayer, á media noche, plugo á Nuestro Señor alumbrarla con bien de un hijo, y aunque tuvo el parto trabajoso, porque duró cerca de dos horas, ha quedado muy buena.» *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXVI, página 467.

tres de ellas estuvieron de las mordeduras en peligro de morir¹.

Los embajadores venecianos Tiépolo, Badoero y Soranzo dieron á la Señoría de su República noticias muy minuciosas, aunque á veces, demasiado á la ligera y no siempre exactas sobre la niñez de D. Carlos. El primero de ellos dijo que el Príncipe de España no comenzó á pronunciar palabras, sinó á la edad de cinco años, y por lo mismo se temía mucho que fuese mudo. Pero en esto no hay verdad, porque en Abril de 1548 escribía Gaspar de Teyve á Catalina de Austria, Reina de Portugal, asegurándole que D. Carlos articulaba ya entonces varios vocablos. Por consiguiente, debe ser pura invención de Paolo Tiépolo la noticia de que hasta los cinco años no habló D. Carlos, y que el primer vocablo suyo pronunciado fué la palabra *no*. La cual relación oyó, ó quizá se imaginó el embajador veneciano para poder exagerar los gastos del emperador, contra los cuales con la palabra *no* dice que protestaba justamente el tierno Príncipe². Pero á las gratuitas afirmaciones de Tiépolo responde bien la carta susodicha de Teyve con los siguientes términos: «El infante pronuncia ya unas y comienza otras palabras...»³.

Es marcada falsedad é ignorancia seguir repitiendo que el Príncipe D. Carlos estuvo en el mayor abandono durante su niñez; porque se sabe con toda certeza que el Rey católico tuvo suma diligencia en poner al cuidado de su primogénito

¹ «Il principe Carlo... tiene alcuni modi di procedere e costumi molto notabili, perché, fanciulo, non solamente morse, ma mangiò anchor i petti a tre sue balie, que per questo rispetto furono vicine a morte...» (Relación hecha al Senado de Venecia en 19 de Enero de 1563: Alberi, ser. I, t. V, pág. 73.) No se olvide que los embajadores venecianos fácilmente se hacían eco de meros cuentos y rumores. Bien pensado, el hecho anterior se ofrece improbable.

² La prima parola avertita in lui fu *no*... Perche disse, che a quel che suo avo et suo padre spendevano et donavano, havea il figliuolo ben ragione et bisogno di dir di *no*...» (Relación de Paolo Tiépolo, 19 de Enero de 1563.)

³ «O ynfante ja diz huas e començo doutras pallavras...» (Archivos de la Torre de Tombo, *Corpo Chron*, parte I.) Gachard: *D. Carlos y Felipe II*, cap. I, pág. 5: París, 1867.

personas de cualidades muy altas y de muchas virtudes. En primer lugar, muerta prematuramente su esposa Doña María, puso á su hijo en brazos de aquella ilustre señora portuguesa Doña Leonor de Mascareñas, diciéndole: «Mi hijo queda sin madre; vos lo aveis de ser suya, tratádmelo como tal.» Sin duda alguna era Doña Leonor una de las personas que más veneración y afecto inspiraban á D. Felipe II, ya por sus buenas prendas, y ya porque siendo niño había descansado muchas veces en su regazo¹. Y por lo que toca á los años en que el Príncipe pasó de manos de mujeres á las de hombres, se ofrecen al servicio y disposición de D. Carlos, criados tales como D. Francisco de Medrano, D. Luis Sarmiento, D. Francisco Osorio, limosnero; Gaspar Muriel, despensero mayor de mesa; Fernando Ortiz de Vivanco, veedor de gastos; Fernán Alvarez Osorio, Jorge Suárez, Juan López, reposteros; el aposentador Juan Bernaldo, y otros individuos, todos intachables y de suma confianza á los ojos de S. M. y de los cortesanos².

El retrato que de D. Carlos dan los escritores de aquel siglo es harto poco satisfactorio. Badoero dice que á los doce años tenía cabeza desproporcionada, cabello negro y constitución flaca y enfermiza. Afirma que su rostro indicaba carácter de

¹ «Esta Doña Leonor, fué señora portuguesa, y vino á España como dama de la emperatriz Doña Isabel, madre del Rey Prudente: vivió siempre en castidad y demás virtudes, es la misma que por consejo y favor de D. Felipe fundó en Madrid el monasterio de *Santa María de los Angeles*, de la Orden de San Francisco. Acabóse de construir en 1563.» Gil González Dávila, *Teatro de las grandezas de Madrid*, pág. 287: Madrid, 1623.

² *D. Carlos y Felipe II*, por M. Gachard, cap. I, págs. 6 y 7. En la corta correspondencia del Príncipe publicada en los *Documentos Escogidos de la Casa de Alba*, aparecen cartas de su augusta mano para el Condestable de Levín y el Duque de Alba recomendándoles criados suyos, y se muestra en ellas forma corriente, digna y distinguida con el fondo muy razonable; lo cual declara por sí solo que la educación de D. Carlos fué como era justo y menester, y muy propia del heredero de la Corona de España. «Ruegos y encargos mucho tengais cuenta con él (recomendado) y le empleeis en lo que conforme á su calidad y capacidad vieredes que podrá servir y ser acomodado, que con ello me haréis mucho plazer.....» Docum. Escog., pág. 404.

crueldad; y añade que si caían en sus manos animales inocentes como liebres ó conejos cogidos cazando, se complacía en verlos quemar vivos. Dice más; que habiéndole mordido cierto día una tortuga, se arrebató de tal cólera, que le arrancó la cabeza con los dientes. Y concluye asegurando que á tan poca edad tenía la soberbia toda y obstinación en sus opiniones que los años permitían. Y esto no por falta de disciplina, puesto que en tiempo oportuno D. Felipe II dió á su hijo maestros excelentes para que le condujesen sabiamente por las sendas de la virtud y de la ciencia. Un religioso llamado fray Juan de Muñatones, elegido por el Rey, fué quien le enseñó las primeras letras y lecciones de la gramática. Y no se ha de olvidar que el agosto niño andaba siempre vigilado por la ternura de la Infanta Doña Juana, hermana del Rey y viuda del Príncipe Don Juan de Portugal. De suerte que, á pesar de los gritos de la pravedad herética contra Felipe II, la historia de aquel siglo no ofrece á D. Carlos en soledad y abandono, sino en manos diligentísimas y gentes de toda confianza y de muchas virtudes ¹.

¿Y quién no recuerda aquel celebrado maestro Honorato Juan, escogido entre muchos por D. Felipe para dar vida religiosa y científica al corazón y á la inteligencia de su hijo? No hubo entonces, ni después, quien no aplaudiese tan acertada elección. Había nacido en Valencia en 14 de Enero de 1507, de antigua é ilustre familia. Estudió primero con admirable provecho en su tierra natal, y después pasó á Lovaina, donde oyó las explicaciones maravillosas del sabio Luis Vives. El siglo XVI miró á Honorato Juan como á uno de los hombres más aventajados en letras y saber de la nación española. Lo cual hizo que en cierto escrito prorumpiese Alvaro Núñez de esta manera: «Su ciencia en todo género de letras es tanta y tan rara, que todos los verdaderamente doctos de este tiempo, italianos, alemanes, franceses, flamencos, ingleses y españoles, admirados, han dado testimonio de su muy peregrino ingenio, y del mucho y hondo conocimiento que en los autores griegos y latinos, y en la filosofía natural y moral, y disciplinas mate-

¹ Véase el tomo XXVI, pág. 396 de la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*.

máticas tiene.....» ¹. Tales fueron los maestros y personas de mérito que D. Felipe II puso al lado de su hijo D. Carlos.

Es por tanto necesario reconocer el celo grande y paternal que D. Felipe tuvo constantemente por su hijo, aunque á veces apartado de él en la Nueva-Bretaña y Países Bajos. El sabio maestro de D. Carlos, para mayor dicha suya, tomó el Orden santísimo del sacerdocio en 1559. De lo cual se gozó mucho Felipe II, como lo prueba claramente la carta que con tal fecha escribió al sabio Honorato Juan. Por ella misma se colige sobrado bien que el Rey católico tenía suma diligencia en que su hijo cultivase virtudes y letras. He aquí sus palabras: «He holgado de que os determinasedes á mudar ábito como escrivis que lo aveys hecho, porque será más apropósito para el rezar y asistir á la missa como tengo ordenado» ².

Y en medio de los negocios de la Gran Bretaña y Flandes, no se olvidaba S. M. de indicar la norma y método general que Honorato Juan debía de poner en práctica al dar lecciones á D. Carlos. Léanse sino, y en prueba de ello, las palabras que en carta desde Inglaterra dirigía algunos años antes al célebre maestro: «Lo que me parece, decía, sobre ello, es que por aora, á los principios le debeys poner en los autores más fáciles, porque la dificultad no le espante, ó le haga aborrecer las letras» ³. Por otra parte, el Emperador Carlos V mostraba asimismo especial empeño en que el Príncipe su nieto fuese creciendo y aprovechando con la edad en la virtud y en la ciencia. En el tomo XXVI de la *Colección de Documentos inéditos* se lee, en carta del Emperador á D. Antonio de Rojas, ayo también y mayordomo del Príncipe D. Carlos, el párrafo siguiente: «Os

¹ Kircher, *Principis christiani Archætipon*..... pág. 146. Honorato Juan formó parte del acompañamiento que llevó Felipe II, siendo Príncipe, á los Países Bajos, á fines de 1548, como puede verse en *El felicísimo viaje del Príncipe Don Phelipe..... desde España á sus tierras de la Baxa Alemaña*, por J. C. Calvete de Estrella: Ambéres, 1552, folio V vuelto.

² Kircher, *Principis christiani*..... *Archætipon politicum*, pág. 140.

³ Carta de Felipe II á Honorato Juan, escrita en Hamptoncourt el 6 de Mayo de 1555; *Archetipo del Príncipe Cristiano*, de Kircher, página 137.

encargo miréis mucho por su recogimiento, enderezando que sea templado y moderado y no tan libre como hasta aquí, que me dicen que ha sido demasiado, pues veis lo que en ello va, especialmente teniendo los años que tiene.....»¹.

De todo lo que se va viendo, hay motivos muy bien fundados para declarar que el Príncipe D. Carlos nunca estuvo dejado de la mano ni del celo de D. Felipe, sino que desde sus más tiernos años le puso el amor de padre y la cristiandad de Rey entre los brazos y virtudes de señoras tales, como Doña Leonor Mascareñas y la Princesa Doña Juana, su tía. Honorato Juan, D. Antonio Rojas y demás individuos arriba señalados, fueron después, como se ha visto, sus ayos y maestros. El celo y el ejemplo de todas estas personas tan insignes produjo al principio buenos frutos; pero más tarde se dañaron, y al fin, corrompidos de todo punto, se redujeron á la nada. Y esto no por falta de cuidado paterno, ni de la diligencia suma de los maestros, sino por la desdicha é inclinación depravada del Príncipe.

II.

EXTRAVAGANCIAS AVIESAS DEL PRÍNCIPE D. CARLOS.

No hay quien no sepa de memoria, por leerse en muchas partes, cómo en el mes de Mayo de 1562 cayó el Príncipe Don Carlos de una escalera en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, y dió golpe tan grande de cabeza en el suelo, que todos le creyeron muerto. Alarmóse sobremanera el Rey, quien desde Madrid corrió á su lado buscando remedio en Dios y en la ciencia médica para su hijo. Los medios humanos, por grandes y escogidos que se procuraron, aparecieron ineficaces por la fuerza y agudeza de la enfermedad. Y cuando los recursos de la ciencia se agotaban y no se veía esperanza de poder

¹ Tomo XXVI, pág. 478 de la citada *Colección de Documentos para la Historia de España*.

salvar la vida del Príncipe, la fe grande del Rey Prudente acudió á buscar remedios en el Cielo. Escribió á los Prelados todos de sus reinos para que hiciesen y mandasen oraciones públicas por el Príncipe. Encargó además á la comunidad de frailes franciscos del convento de Jesús y María que trajesen en procesión á la presencia del moribundo el cuerpo santo de Fr. Diego de Alcalá. Hízose todo así; y puestas las reliquias del humilde lego franciscano sobre el cuerpo casi exánime del Príncipe, se verificó el milagro de que en breve recobrase la salud¹.

Los historiadores casi todos, antiguos y modernos, opinan que sin duda alguna el cerebro de D. Carlos sufrió grave lesión en aquella caída, que le entorpeció la mente para lo sucesivo. De donde, con gran probabilidad, nacieron tales y tantos actos extraños, ruines y por demás ajenos de quien goza de sus facultades y sentido. Tal creyeron los contemporáneos de D. Carlos, ponderando muchas de sus acciones, en que no se veía sino capricho y voluntad sin freno de razón. En vista de lo cual, los embajadores venecianos arriba citados y los historiadores del siglo de oro suelen ofrecer al Príncipe con carácter diametralmente opuesto al seso y á la majestad de su padre. Paolo Tiépolo afirma que, sin duda, D. Carlos había padecido en sus enfermedades enajenación mental; y añade que no era inclinado al estudio, ni á las armas, ni á montar á caballo, ni á cosas honestas, sino solamente á hacer daño á los demás. Ya se dijo en otra parte que todo esto niega otro

¹ «A nueve de Mayo de este año mil i quinientos i sesenta i dos, baxando con poco tiento una escalera, voló muchos pasos, i dando con la espínula i cerebro en algunos quedó mortalmente herido. Vino el Rey desde Madrid á su curacion, i escribió á los cabildos y prelados hiziesen plegarias para que Dios le guardase. En el último trance hizo traer á los frailes de San Francisco del monasterio de Iesus María, seminario de santos, en procesion el cuerpo del bendito Fr. Diego; i puesto sobre el Príncipe casi difunto, le volvieron á su capilla. Aparecióle en la siguiente noche, segun dixo su alteza, con una cruz de caña en la mano, i le dijo, no moriria de la herida; i assí brevemente salió de peligro.» Luis Cabrera de Córdoba, *D. Felipe II, Rey de España*, libro 6.º, capítulo V, págs. 296 y 297; Madrid, 1619.